

## IV

### Señor, hagamos cuentas

Danilo Hipólito Salerno solía tomar su baño aprovechando la pausa meridiana pues la absoluta soledad que a esa hora reinaba en el umbroso y bucólico paraje de las pozas lo hacía sentirse en íntimo contacto con la Naturaleza, ya que sólo escuchaba trinos de pájaros o arrullos de palomas.

Pudoroso, cohibido y apocado, no le agradaba a Hipólito que lo vieran desnudo. Era ésa la razón por la cual, casi evitando miradas indiscretas, llegaba a la pocita al mediodía, se ocultaba entre el frondoso bosque, desnudábase, se daba una prudente remojada inicial, se enjabonaba, se sumía, chapaleaba, se cubría con la toalla y, refugiándose de nuevo en el agreste escondite de las matas, se vestía a la ligera y regresaba a su casa procurando pasar inadvertido.

Los jóvenes de la isla no tenían tiempo fijo para bañarse en la pocita. Por regla general acostumbraban hacerlo después de las faenas, al declinar la tarde. Iban en grupos y, debido a que la poza era chica, se turnaban. Mientras unos se sumían en el agua los otros esperaban desnudos. Tampoco era adecuado zambullirse tal como estaban, sudorosos, por haber escalado la loma bajo el sol. Podían correr el riesgo de sufrir enfriamientos que traen por consecuencia fiebres y constipados. Reposaban en cueros bajo los árboles de guabas recordando proezas amorosas o hazañas en el mar navegando en inseguros pero veloces chingos. Se distraían rascándose o espulgándose piojos, ladillas, garrapatas. La carne manoseada les erguía la moral y otras cosas.

Recién llegado Hipólito, sin conocer los hábitos de la isla, fue con varios amigos a la pocita y, al verse en medio de nudistas, fingió estar agripado y evitó desvestirse. Aun así, no tuvo más remedio que presenciar

la impune desfachatez con que los mozos blandían airosamente sus armas compitiendo tamaños y calibres en apuestas que ganaba Felipe por su potente arpon en punta. ¿Por eso le dirían Pingamoza o porque el Ñopo le sancochó las nalgas con la famosa ortiga así nombrada? Esa noche en su casa el cauto Hipólito recordó haber mirado, apenas de soslayo, las diversas y altivas proporciones que de modo espontáneo se erguían repletas de vigor. Dios lo hizo a él pudoroso, casto y místico. Le impidió la lozana exuberancia del sexo a consecuencia de su excesiva timidez que, subyugándolo, frenaba sus instintos y le negaba la erección natural exenta de freno inhibitorio.

Esa era la razón por la cual prefería bañarse solo en la pocita. Como esa tarde hacía calor, tuvo el coraje de ir sin más prenda que su sotana sobre el cuerpo desnudo. Ya estaba a punto de zafársela tras las matas dispuesto a darse un rápido chapuzón cuando de modo inesperado, llegó Felipe que, desnudándose sin rubor alguno, se sentó en las raíces de un árbol. Hipólito no se atrevió a salir de su escondite. Traspuesto entre las hojas sin chistar ni hacer ruido se deleitó viendo a Felipe quien, cerrando los ojos, se manoseaba pensando acaso en tan eróticas formas femeninas que bruscamente quedó erecto. Desde su gruta vegetal, Hipólito contemplaba envidioso la briosa exuberancia de Felipe recordando, por lógica asociación de ideas, a Pausilipo y a Paul. Le hirvió la sangre. Al darme cuenta de que de modo brusco me excité comprendí que era inútil seguir huyendo como un desesperado judío errante pues el nefasto ángel de Sodoma me poseía. ¿Era ello una señal de que yo estaba condenado a comportarme **in aeternum** de manera desleal a mi sexo? Entre mi miembro y mi modo de pensar había una grave contradicción pues él actuaba a su albedrío. Yo deseaba ser casto, no me opuse jamás al celibato, pero si a impulsos de mi fogosa sangre, debía ocurrir de modo inevitable la erección lo lógico era que ésta se produjese frente a cuerpos desnudos de mujeres, no de hombres. Felipe, espectro vengativo de Paul, me recordaba mi destino perverso, pues él era algo así como un amante anhelado y a la par un enemigo en potencia. De modo simultáneo sentía ganas de asesinarlo o de entregármele. En las dos ocasiones anteriores, ya con Paul o Pausilipo, mi severo sentido de la ética decretó de inmediato pena de muerte y, con la ayuda de Dios, logré imponérmele al ángel de Sodoma.

Mientras pensaba en ello me di cuenta, por cierto gesto de Felipe, que alguien pasaba rumbo a la poza grande. Era Cándida. Desnudo como estaba, Felipe hizo un atado de su ropa y actuando con sigilo, se aproximó, saltando de piedra en piedra, hasta lograr esconderse de modo cauteloso

tras unos papos listo a aguaitar a Cándida mientras ésta se desnudaba. Frente a la acción infame de Felipe quedé impávido sin decidirme a actuar pero vibré al oír un grito y un chapaleo confuso. No me cupo lugar a dudas de que Cándida se encontraba en peligro y, claro, sentí el impulso heroico de ayudar a una dama. Me aproximé a la poza dispuesto a comportarme como un auténtico caballero de la fe. Debía impedir a ultranza cualquier tipo de felonía. Al llegar me di cuenta de que Cándida, en peligro de ahogarse, era auxiliada muy oportunamente por Felipe quien, vigorosamente, la puso fuera de peligro y la extendió sobre el césped pues la joven parecía desmayada. Lo que sí me indignó fue que Felipe, ni corto ni perezoso, aprovechándose de aquella inesperada oportunidad, se dio enseguida a besuquearla y estaba en actitud de violarla. Fue entonces cuando, inconscientemente, silbé a todo volumen **yes we have no bananas**, con la seguridad de que, al hacerlo, Felipe escaparía convencido de que quien se acercaba era Cairote. En efecto, lo vi tomar su ropa y escapar loma arriba. De inmediato, viendo que Pipe dejaba el campo libre, me apresuré a prestarle a Cándida los primeros auxilios pues, yerta sobre el suelo, me daba la impresión de haberse ahogado. Tal vez sólo estaría desvanecida. Le había oído decir a don Plácido que era frecuente y muy romántico el que a una dama la atacaran los nervios y se desvaneciera por la más mínima emoción. El médico explicaba que el curioso fenómeno se debía a la costumbre de usar muy ajustado el corsé. Decía también que algunas simulaban tales ataques por simple conveniencia. En previsión de esos colapsos era preciso tener siempre a portada de mano sales, álcali o amoníaco; también era habitual usar alcohol, colonia o **bay rum**. Otras veces bastaba un simple buche de ron o seco pulverizado a soplos como se hace con los gallos de pelea. A falta de ello, me ufané antes que nada en darle respiración de boca a boca; después le hice ejercicios que me exigieron cabalgarla y oprimirle los senos, pero mi excitación anterior viendo a Felipe queriendo poseerla y el calor, el sofoco me hicieron reaccionar varonilmente. Su inerme desnudez me dio tal brío que, perdiendo el control de mis instintos, me atreví a deslizar mi ruda mano entre las piernas de Cándida y al sentirlas resbalosas por la jabonadura reciente, noté que en mi organismo, antes reacio, se efectuaba una extraña e insólita metamorfosis. Me sentí todo un hombre. Por fin se realizaba el milagro que había esperado durante tanto tiempo. Mi sexo respondía, se erguía impetuoso. No pude reprimirme y finalmente (¡gracias a Dios!), poseía a una mujer en pleno goce de mi virilidad amanecida. Mi muerto lázaro había resucitado, sólo que, en lugar de salir, entró en la tumba. En el momento del espasmo gozoso, advertí en Cándida leves susultos de

placer y, presintiéndola en vías de recuperarse, apresuré el disfrute y huf hacia la pocita. Al llegar a ella preferí no bañarme. Me remojé el cabello y, complacido conmigo mismo y con mi triunfo sobre el mal ángel de mis inhibiciones, me dirigí hacia el pueblo, procurando no ser visto de nadie pues me sentía culpable. Lo que experimentaba era una mezcla de alegría y de vergüenza, de éxito y de derrota, de lealtad y perfidia, de impiedad y rubor. Íntimamente celebraba mi mágica proeza convencido de que se había efectuado por mandato divino; sin embargo, anhelaba pasar inadvertido, para lo cual tomé el atajo de la quebrada cuyo gran desnivel y la arboleda me ocultaban de miradas fisgonas e indiscretas. Estaba emocionado, loco de júbilo por haber superado mi endemoniada timidez que me obligaba a parecer impotente ante mujeres desnudas. Agradecido, manifesté mi gratitud a Dios. ¡Señor, hoy me has salvado de la ignominia!, porque toda mi sangre y mis instintos repicaban y cantaban a coro ¡aleluya! ¡aleluya!

Esa noche en su lecho, meditando, ya más calmado y jubiloso, sobre su acción con Cándida, Hipólito se sentía muy gratamente feliz al recordar su varonil erectitud con Cándida. Ella era la única mujer frente a la cual su sexo había sabido comportarse con la debida dignidad. Sin duda alguna, Cándida lo salvaba de su oprobio. Debido a ella se sentía hombre normal y completo. Terminaban sus miedos, sus temores, sus dudas. Ya no temía fallar con las mujeres ni lo azoraba la idea de que su cuerpo reaccionara de manera anormal y ambigua. En su íntimo sentir le dolía que acusaran injustamente a Felipe. En tal sentido sus sentimientos eran contradictorios.

Si con mi gesto heroico inicial al alejar a Felipe quise evitar su acción inicua, ¿debía sentirme alegre y satisfecho después de haberla realizado yo a mansalva con la misma lascivia con que la hubiera perpetrado aquel jayán primitivo? Siendo yo un caballero de la fe forjado de acuerdo con los cánones de la civilización cristiana ¿podía violar impunemente a una dama con la misma ferocidad e igual lascivia que pensé inadecuada con relación al otro? Los valores se habían tergiversado. Era el hombre de Dios quien, compelido por su animalidad, ejecutaba la faena salvaje.

Perplejo ante el conflicto de su conciencia, Hipólito buscó una explicación que sólo era una forma de calmar su incoercible complejo de culpa. De la misma manera que Dios quiso salvarlo del deshonor eliminando cual cizaña maligna a Paul Durgel y a Pausílipo, así también ahora le ofreció la ocasión de liberarse de sus inhibiciones. La proeza con Cándida fue única y exclusivamente un acto genésico y un milagro divino, Dios lo

dispuso de ese modo de igual manera que lo hizo con la Virgen. Todo lo que el arcángel anuncia en su famosa visitación es el informe de un hecho consumado, que se había cometido sin voluntad de la doncella preñada. Señor, hagamos cuentas. Igual pecado de felonía nos une. Los dos hemos violado a Vírgenes inocentes. ¿No te parece que entre ambas fechorías hay empate?

## Abrahán no debe matar a Isaac

Con el objeto de trabajar al fresco, Danilo Hipólito Salerno había tenido la feliz ocurrencia de instalar su taller en el costado trasero de la casa, junto al jardín, bajo una rústica techumbre de zinc que era apenas un sencillo volado o saledizo.

Como él era un amante de la naturaleza, sus ratos de ocio los empleaba a placer entretenido en el huerto de su casa cultivando a la par plantas y abejas. Injertando, podando y abonando descubría especies nuevas y, a su debido tiempo, cosechaba la miel de sus colmenas recordando los yambos horacianos y sus estudios de latín en Roma. Don Plácido Ladera ya había inventado un verbo para tan saludable y bucólico quehacer. Decía que Hipólito se pasaba la vida rascándose los huevos entre espinas y púas apicultodainjertando.

Toda la isla irradiaba cundida en flores. Claveles, veraneras, jazmines, lirios, papos, gardenias, jacintos, dalias, heliotropos, una infinita gama de esencias y colores deleitaba la vista y el olfato. Los trinos de los pájaros se unían a aquella espléndida sinfonía tropical.

Tan rica exuberancia de flores hizo pensar a Hipólito que la isla le ofrecía oportunidades para poner a prueba sus estudios sobre jardinería y apicultura. Las abejas hacían muy buenas paces con él. Sabía tratarlas con tal habilidad que, a veces, ni se ponía la máscara o capuchón de tul confiado en que ellas jamás lo atacarían con su irritante dosis de ácido fórmico.

Con quien las himenópteras no hacían muy buenas migas, sin lugar a clemencias, era con el intrépido Felipe. Entre él y ellas existía una recíproca enemistad, sobre todo porque las sulfuraba sofocándolas. Utilizando el

fuelle soplaba en las colmenas humo en exceso para vengarse de ellas cada vez que le hinchaban un párpado o un labio.

Ocupado en el gran taller de ensamble que el Ñopo había instalado sobre los arrecifes, Danilo no había tenido tiempo de ocuparse de sus melíferas abejas. Cuando iba a hacerlo se dio cuenta de que ya había empezado la Semana Mayor e inevitablemente tuvo que posponer la recolecta hasta el domingo siguiente. Pletóricas de miel, las colmenas requerían un cuidado que Felipe no se atrevía a intentar. En una de ellas se advertía ya el confuso desasosiego que preanuncia el anhelo de mudarse de sitio y hacer un nuevo enjambre. Para evitar la huída de la reina, Hipólito consideró oportuno clausurarle, con la adecuada trampa reticular, el orificio que le servía de entrada y de salida pues, aun frente al peligro que ello significaba, no parecía prudente que, siendo Viernes Santo, lo sorprendieran oficios profanos.

En prevención de riesgos, Cándida puso en salvo al neonato llevándolo a la casa de las tías. Imposibilitada por su artritis, María Dolores casi no salía nunca. Se entretenía cuidando a la hija de Leila nacida pocos meses atrás y a quien Hipólito, encariñado con su más bello injerto vegetal, bautizara llamándola Rosa de Jericó. Como él la había adoptado, la niña, para todos, fue Rosina Salerno, nombre fatal para Danilo porque lo hacía rememorar a la difunta dueña del Tabernáculo.

Durante los días santos las faenas en el nuevo taller se suspendieron. Hasta esa fecha, Danilo Hipólito y sus peones habían tratado de ensamblar con premura la primera balandra para el Ñopo, cosa que fue imposible. Mientras tanto Felipe, aferrado al tallercito hogareño junto al jardín bregaba sin miedo a las abejas encaprichado en forrar el imponente ataúd de Cris Olaya. Como nunca se sabe las vueltas que da el mundo la bendita señora, tras haberse salvado de la uremia, quiso tener su caja a buen recaudo. El féretro, recubierto por fuera y dentro de raso negro y blanco amén de adornos y agarradera niqueladas quedó pintiparado para embarcar a la difunta, tiesa y callada para toda la vida o para toda la muerte. El barquero del infierno le diría sigue en tu nave porque en la mía no hay sitio para las parlanchinas, pero Cris, bien astuta, respondería no, coño, prefiero ir en la tuya. Bueno, acepto, le diría el batelero, pero escucha un consejo, cuando te halles frente al inquisidor no pierdas tiempo charlando e intrigando, límitate a contar tus pecados. Deja toda esperanza cuando entres y olvídate de la bondad divina. La prodigalidad no es atributo de la iglesia.. Felipe recordaba que

cuando era pequeño quería que el Niño Dios le regara una bicicleta. ¿Dónde la iba a correr? En ese tiempo las calles no estaban aun pavimentadas, eran de piedras sueltas, pero Pipe soñaba con esa bicicleta. Yo era travieso pero sencillo de alma. Pensaba que si el Papa era infalible debía ser bondadoso. No creas en pájaros preñados, me dijo un día Faustina. No existe el Niño Dios ni Santa Claus. ¿Quién diablos te va a dar la bicicleta? Yo, que era un niño ingenuo, le escribí al Papa. No contestó ni púdrete. Hace poco consulté con Hipólito ese asunto. Me dijo que las cartas que le llegan al Papa las amontonan en el patio del Vaticano y las queman sin abrir para que Dios las lea directamente y conceda los pedidos, pero aún sigo esperando mi bicicleta. Dice don Plácido que para los budistas Dios siempre está dormido. Cuando los fieles ingresan en el templo tocan una pequeña campana que hay en la puerta. De esa manera Dios se despierta y sabe que has entrado a rogarle. Cuando te vas, la tocas nuevamente y él se vuelve a dormir.

Tras hacer caso omiso de la ominosa apuesta, Cándida había aceptado, sin ambages, que le debía a Felipe su actual felicidad pues habiéndola salvado de perecer ahogada no divulgó el percance bochornoso e hizo además posible sus bodas con Hipólito y la dicha de concebir un hijo de éste. Sin embargo, las cosas habían tomado un rumbo diferente. Todo un proceso inverso se efectuó en ella debido a su profundo resentimiento contra Hipólito (¿lo amaba? ¿no lo amaba?). Lo cierto era que en el silo más hondo de su dicha germinaba la carcoma del odio, pues Hipólito, inepto como esposo, tenía para ella dos personalidades diferenciadas. Hipólito y Danilo eran fases distintas del mismo ser. Quien me violó fue Hipólito. Me casé con Danilo. Cuando Hipólito me poseyó en la poza actuó impulsado por sus propios instintos y de modo espontáneo, o sea, era dueño de su libre albedrío, pero ahora quien lo cohibe y frena es Danilo cuyo rol es de tipo inquisitivo. Danilo es el niñito temeroso de Dios y del pecado. Según sugiere Hipólito, cada hombre, cada ser, a medida que crece, almacena en el meollo de su conciencia un psicológico cementerio de niños y adolescentes y adultos. Llevamos en nuestra íntima cripta la imagen de todos esos seres que hemos sido. A cada instante dejamos de existir pero enseguida resurgimos ya metamorfoseados. Renacer es morir. De nuestras múltiples personalidades muertas renacen otras. El recuerdo eterniza en nuestros silos a las extintas. A veces nos parece que se eclipsan y que desaparecen pero surgen, de pronto, en nuestros sueños o en nuestro duermevela. Somos un cementerio en el que viven aun los amigos muertos y otros seres queridos. Las cosas sólo mueren cuando muere el recuerdo. Las sucesivas vidas o apariencias de nuestro ser desaparecen o, somáticamente, tal vez mueren,

dan paso a nuevas formas, pero siguen viviendo en la conciencia. De vez en cuando surgen, nos agobian, nos complican la vida. Ahora comprendo que Hipólito se embriague con frecuencia. Lo hace por defenderse de Danilo que es para él una especie de Jehová acusador. Es él quien le predica que en el pecado original la culpa de Eva fue la que degradó al género humano. Como Dios la maldijo, la Iglesia sigue aún y seguirá anatematizando a las mujeres. Les dice **vade retro** como al demonio. Yo no podría salvar a Hipólito. Mis tías, al pretender inculcarme una insincera vocación religiosa, me obligaron a ser al mismo tiempo novicia y Eva. A la primera dama del Paraíso Dios la llamó Varona simplemente porque era la hembra de un varón. Los creó desnudos y les dijo procread, multiplicaos. Eso es lo que yo anhelo sentir junto a mi esposo en el lecho, ser poseída tal como sucedió en la poza sin la infausta presencia de seres subconscientes que nos acosen para frenar nuestro ímpetu instintivo ya sean casta novicia o angélico Danilo. ¿Cómo lograr que Hipólito se yerga y me haga suya de una vez para siempre? Cuando ocurrió el percance de la poza la impresión que sentí inconscientemente fue que Felipe me violaba. Esa es la imagen que me acosa en mis sueños. Si Hipólito no logra rehacerse renovando la prueba, tendré que, siendo honesta conmigo misma, darme a Pipe puesto que en mi íntimo sentir sigo pensando que fue él quien me violó. La gratitud que siento hacia Felipe se une en mi fuero interno a la completa inutilidad de Hipólito para la acción erótica. No veo el instante de gozar con Felipe sin temor y sin riesgos. Tendré que idear un subterfugio. Podría citarme con él en la ciudad aprovechando los viajes que hago en busca de mis cheques. Sería una vez al mes. Poca cosa, pero algo es algo, Cándida, peor es nada. Caray, te desconozco; ¿piensas de veras ser adúltera a raja tabla? Debo serlo, carajo. Me lo dicta mi instinto.

Como dos fieras perseguidas, Felipe y Cándida se refugiaban por la noche en el templo tratando de encontrarse como ciegos a tientas sin palpar otra cosa que imágenes hieráticas y oír la voz del miedo en el sombrío y pavoroso revoloteo de los murciélagos. Esa furiosa búsqueda los iba exasperando de manera incoercible. Desesperadamente Cándida ansiaba ser poseída por Felipe pero, honesta como era, dudaba ante el concepto de una fidelidad tal vez errónea pues tendía a enajenarla de sí misma.

La aterraba el pecado pensando que, al ser juzgada por Danilo, sería anatematizada por Dios.

Hipólito, a su vez, atormentado por la anormalidad que lo inhibía, comenzó a presentir que lo que solapadamente le insinuaban las tías podía

ser cierto, o sea que el íntimo y frecuente contacto entre Cándida y Felipe podía dar pábulo a las murmuraciones, al qué dirán; pero Danilo intervenía solícito. La menor advertencia sospechosa sería motivo suficiente para que Cándida obligara a Felipe a distanciarse. No, eso nunca. Danilo no podría consentirlo ni soportarlo. Danilo amaba a Pipe como si fuera su hijo. No siempre es bueno fiarse de dimes y diretes. Lo que Cándida sentía por Felipe sólo era afecto maternal pues fue ella la única que supo prodigarle caricias cuando él llegó a la casa como un huérfano triste y desamparado. Echarlo ahora del taller sería un crimen que ni Cándida ni yo deseáramos. Juntos somos felices y no hemos de angustiarnos por comentarios callejeros. Si soy humano, bondadoso y cristiano, ¿he de impedirle a Cándida placeres que yo no puedo prodigarle? Lo correcto es dejar que ella y Felipe se entreguen íntimamente al júbilo del amor terrenal. Yo habría deseado satisfacer a Cándida como lo hice en la poza. Para hacerlo me faltaría un estímulo. Tú lo sabes, Danilo. Me sentiría feliz si ellos se unieran en un solo haz erótico siempre y cuando que nadie lo supiera. Ser piedra vil de escándalo, caer en el ridículo, es algo que me aterra. Por eso guardo ocultos mis defectos y mis anomalías. El héroe puede nacer andrógino pero la educación marca su línea de conducta en la vida. No podría tolerar que ellos gozaran a expensas de mi fama, pero con sumo agrado compartiría con ellos el misterio gozoso, no impunemente oculto para verlos a través de una hendidura y masturbarme sino uniéndome a ellos formando un solo grupo. Gozar viendo que se aman sin cortapisas y sin inhibiciones. Sólo deseo que sepan que estoy conforme porque lo hacen con mi consentimiento y que, unidos, no haríamos otra cosa que burlarnos de una moral insulsa y obsoleta. No te hagas ilusiones, Danilo, lo que quieres es mirar a Felipe, desnudo, erecto, brioso. No te asombres, Hipólito, tu ética es anticuada, decimonónica. Por eso se te sube la sangre a la cabeza como una ola violenta. ¿Por qué Dios se complace creando coyundas como la que formamos tú y yo, Danilo? Somos un par de bueyes uncidos a un deseo inoperante, incipientes enunciados platónicos o acaso hermafroditas. El héroe puede nacer andrógino. Dios, coño, eres injusto. Quiero excitarme con mujeres y en vez de eso ¿qué hiciste? Ligarme al celibato y obligarme a vestir esa maldita sotana que es una prenda de aspecto femenino. Del sexo masculino sólo tiene la alargada bragueta que nunca se abre ni para hacer alarde de una buena orinada. Para cualquier necesidad precisa alzársela tal como las mujeres tienen que hacerlo con sus faldas. Psicológicamente sigo amarrado a los altares. Soy un cero a la izquierda. No sirvo para nada. Felipe, en cambio, puede gozar con Cándida. Señor,

vuelve a ayudarme como lo hiciste otrora cuando mataste a Paul Durgel y a Pausílipo. ¿Qué debo hacer si encuentro a Cándida en flagrante delito? ¿Debo matar a Pipe? Sólo con estrecharlo entre mis brazos lo dejaría extenuado, inerte, exánime. Pero, no. No es posible. Yo no podría soportarlo. Es casi mi hijo. No me exijas un nuevo sacrificio. No me tientes. Acuérdate del viejo Testamento. Abrahán no debe matar a Isaac.

## VI

### Las siete palabras

—Cuida a Hipólito, Cándida. Vigílalo. No lo dejes beber hoy Viernes Santo —le había dicho Malala—. Si ha de pagar su manda vestido de Jesús Nazareno, más vale que esta noche procure ser abstemio. Imagínate lo que diría la gente si vieran a tu Mesías jumado balanceándose a la par del Sepulcro.

Aun prometiendo no separarse un ápice del cónyuge, ella se hallaba frente a un grave dilema, pues era imprescindible que Hipólito trasegara el brebaje. Sería ingenuo impedirselo. Simularía cuidarlo pero, eso sí, a la inversa, y haría la vista gorda segura de que el filtro lo haría dormir la mona hasta bien tarde.

Cándida había hecho lo inhumano por alejar a Hipólito del vicio aun a sabiendas de que si él se embriagaba lo hacía sencillamente para desinhibirse, lo cual daba medianos resultados. Danilo Hipólito procuraba ingeniárselas tratando de esconder sus botellas en los rincones más insólitos. Cuando ella, registrando el taller las encontraba, solía esparcir el guaro sobre las plantas o sobre las colmenas. Últimamente, por miedo a las abejas y al féretro, Cándida poco se asomaba al jardín. Por eso Hipólito le aconsejó a Faustina ocultar la botella del potingue dentro del ataúd. Es un potente afrodisíaco, le había dicho la bruja. Bajo sus mágicos efectos cualquier moroso miembro cumple con su deber. Levanta a un muerto. Bébetelo todo el líquido. Sé que va a concederte tres propiedades cabalísticas: elevación, templanza y fortaleza.

De pie a veces y otras arrodillado sobre las losas de la iglesia, Hipólito sudaba a raudales agobiado no sólo por la gran sofoquina del gentío sino, además, por la molesta picazón que le causaba la pana de su túnica. Con el